

sias y los capiteles de sus claustros constituyendo verdaderos ciclos catequéticos, mientras que aquellas zonas menos visibles por su lejanía del espectador —triforios, capiteles de las columnas interiores, etc.— ofrecen una decoración de figuras aisladas, no narrativa.

En el último y breve capítulo sobre «*El problema de la iconografía en la Edad Media*», estudia el autor las diferencias entre la imaginería popular, equivalente en este tiempo al lenguaje popular, y la imagen culta, correspondiente a los textos teológicos y filosóficos. Esta última es fácilmente apreciable en las ilustraciones de los manuscritos; en cambio, es muy difícil de establecer la línea divisoria entre una y otra en la escultura monumental.

En la *Conclusión*, advierte Grabar: «En esta obra, al afirmar que la iconografía era un lenguaje, hemos seguido una determinada práctica. Queremos decir con ello que era un medio de expresión y transmisión de pensamientos, exactamente como la lengua verbal. Pero en el estado actual de nuestros estudios, nos parece preferible no insistir demasiado en el paralelismo de la expresión a través de la imagen y a través de la palabra. Por interesante e instructivo que sea resaltar algunos de estos paralelismos, evidentes, sería inútil e incluso desconcertante insistir en otros, discutibles» (p. 205).

Completan este libro 17 páginas de bibliografía, 247 ilustraciones en blanco y negro, y un índice analítico.

José Antonio IÑIGUEZ

Josep RIUS-CAMPS, *El Peri Archon d'Orígenes. Radiografía del primer tractat de teologia dogmàtico-sapiencial*, Lliçó inaugural del curs acadèmic 1985-86, Facultat de Teologia de Barcelona, Barcelona 1985, 90 pp., 15 x 21.

El Dr. Rius-Camps, Profesor Ordinario de Patrología de la Facultat de Teologia de Catalunya (Barcelona), ha querido ensayar, aplicándolo al *Peri Archon* origeniano —según la reconstrucción de Karl Fr. Schnitzer (1835) y la edición crítica de Franz-Heinrich Kettler (GCS, Leipzig 1913)— su método crítico de historia de las formas, descubierto y puesto al día para su análisis de las cartas de San Ignacio de Antioquía.

Como se sabe, el *Peri Archon* se conservó durante siglos en la versión latina de Rufino, bajo el título *De principiis*. Esta traducción benévola provocó la reacción de San Jerónimo, quien intentó una nueva traducción literal del griego al latín, al tiempo que extractaba los lugares más conflictivos y los enviaba en una carta a Avito. Desgraciadamente sólo se han conservado los extractos de esta carta de San Jerónimo y la versión libre de Rufino, por lo cual los intentos de reconstrucción del texto griego, iniciados el siglo pasado, son siempre problemáticos, y no pasan, muchas veces, de puras conjeturas.

Orígenes constituye un verdadero enigma para los patrólogos. Es corriente distinguir en él dos momentos o dos etapas, según los casos, para poder casar sus opiniones a veces tan contradictorias entre sí. Por ello, algunos hablan de un Orígenes filósofo y un Orígenes teólogo, adjudicando al primero las opiniones más discutibles desde el punto de vista dogmático. Otros patrólogos, en cambio, prefieren hablar de dos épocas: los años en Alejandría (hasta el 231), y los años en Cesarea de Palestina (hasta su muerte, acaecida en 253, en Tiro). Josep Rius-Camps ofrece otra hipótesis, muy verosímil.

Según él, el *De principiis* sería un conglomerado de distintos escritos, en el que cabría distinguir varias capas redaccionales, preparadas en distintos momentos de la estada alejandrina. Distingue cuatro capas: el estrato antignostico y según la doctrina definida por la Iglesia (estrato racional); la capa sapiencial, en la que recurre a la filosofía griega, con el fin de explicar mejor el Dogma; un tercer estrato, dedicado a las cuestiones discutidas, mucho más libre, que reproduce sus esfuerzos de penetración racional de la Revelación, ofrecidos a sus discípulos más aventajados, de forma que no debían llegar tales especulaciones al grupo más numeroso de los alumnos, sino quedar encerradas en los cenáculos de los iniciados; y un cuarto estrato, que Rius llama filosófico, donde trata la protología y la escatología. El A. ofrece, además, una cuidadosa reconstrucción de cada una de las capas redaccionales.

Orígenes habría ensayado, siempre según Rius, un ensamblaje de todas sus lecciones, es decir, de los cuatro estratos, lo cual habría dado lugar a una obra muy desigual y, por supuesto, un poco desconcertante en varios de sus pasajes. Así se habría producido la condena del 553 y el Decreto Gelasiano.

No resulta fácil verificar las hipótesis de Rius-Camps, todas tan sugerentes. Es preciso conceder al A. un manejo del texto —tanto latino conservado, como griego reconstruido— admirable. En todo caso, las especulaciones sobre las capas redaccionales son una solución, quizá la más elaborada hasta ahora, de la incógnita sobre la ortodoxia origeniana. En efecto, no parece probable que un mismo autor, que pudo redactar esa obra maestra del género apologético, que es el *Contra Celsum*, en el que tan bien maneja el discurso indirecto y condena y refuta las tesis reincarnacionistas, o la apocatástasis, etc., poquísimos años antes hubiese caído tan burdamente en ellas mismas. El testimonio de Porfirio es muy importante. Como se sabe, este lógico neoplatónico testifica que Orígenes conocía y especulaba muy bien en el seno de la filosofía helenística, aunque sostenía tesis contrarias a ella. Orígenes fue, ciertamente, un maestro de la dialéctica, argumentando *ad absurdum*, sobre la base de los «dogmas helenísticos», contra los filósofos paganos. Orígenes conocía bien los límites de la especulación griega, con relación a la verdad y novedad cristiana. No es probable haya incurrido en las tesis griegas, quien tan bien las sabía desarmar...

Es muy de agradecer al Prof. Rius-Camps su esfuerzo por resolver

el enigma origeniano, lo cual aparecerá todavía con mayor claridad cuando publique su versión catalana de la reconstrucción del *Peri Archon*, que tan adelantada tiene.

Josep-Ignasi SARANYANA

Jacques Guy BOUGEROL, *Introducción a San Buenaventura*, La Editorial Católica (BAC Minor, 68), Madrid 1984, 324 pp., 10,5 x 17,5.

Esta obra de introducción a la vida y el pensamiento de San Buenaventura se convirtió, desde su publicación en 1961, en paso obligado para quienes deseen investigar la teología franciscana del s. XIII y, en especial, la doctrina del Doctor Seráfico. Después de más de veinte años desde que vio la luz en lengua francesa, el estudio no ha perdido actualidad, a pesar de las numerosas publicaciones que han aparecido sobre San Buenaventura, especialmente en torno al séptimo centenario de su fallecimiento en 1974.

El estudioso franciscano Jacques G. Bougerol es un destacado especialista en este campo. Además de numerosos artículos, en 1968 publicó su *Léxique Saint Bonaventure*, facilitando así un instrumento de trabajo indispensable para dar razón del pensamiento auténtico del Maestro franciscano. El A. ha dedicado al estudio del Doctor Seráfico la mayor parte de su larga vida docente en el Pontificio Ateneo Antoniano de Roma.

En esta obra, Bougerol no pretende hacer una exposición sistemática, al estilo de la de E. Gilson o G. Palhories. Su finalidad es precisamente dar una introducción, que facilite estudios más específicos. Ha sabido aunar la claridad en la exposición de conjunto, a la vez que desciende a un análisis minucioso de los datos concretos.

La monografía se divide en tres partes: «Las fuentes», «La técnica» y «La obra» seráficas. Presenta un elenco, por orden alfabético, de las obras genuinas de San Buenaventura contenidas en la edición crítica (Quaracchi 1882-1902) con el título completo y la fecha de su redacción. Para evitar una bibliografía general, superada constantemente, remite a la documentación bibliográfica bonaventuriana y franciscana. Además, las abundantes citas, anotadas a pie de página, facilitan al lector numerosos títulos de los estudios más representativos sobre el tema.

En la primera parte, fija con exactitud una cronología de la vida del Santo y presenta las influencias directas sobre su vocación franciscana en torno a dos ejes: la figura de San Francisco de Asís y la Escuela de los Menores de París. Aquí expone el A. la profunda sintonía espiritual que mantuvo con San Francisco el que ha sido llamado por la historia «segundo fundador» de la Orden Franciscana. Las grandes opciones de su teología y de su metafísica están justificadas.